

EL REY DEL ABISMO

SUSURROS DE
TORMENTA

Alejandro López

Nota del Autor

Querido lector:

¡Bienvenido a mi mundo! Quiero darte las gracias por unirme a esta comunidad y atreverte a cruzar el umbral hacia el universo del Rey del Abismo.

Soy Alejandro López, un escritor de alma y hueso. He dedicado mucho tiempo a explorar el lado oscuro de la naturaleza humana, dando vida a historias donde la Magia es compleja, los héroes son imperfectos y el destino de reinos enteros pende de hilos llamados Ambición, Mentira, Traición y Locura.

Este Prólogo es una pequeña muestra de la saga que hay detrás: cuatro trilogías interconectadas a través de un gran villano, un universo en constante expansión donde nada es lo que parece y cada decisión tiene consecuencias épicas.

Tú opinión es el arma más poderosa.

Ahora que estás a punto de sumergirte en este vasto mundo, mi mayor deseo es saber qué te parece.

Como sabes, estoy construyendo este universo paso a paso, y tu perspectiva es vital para darle forma al destino de esta saga. Si este breve adelanto ha capturado tu interés, te ruego que me lo hagas saber.

¿Tu misión?

1. Hacerme saber qué te ha parecido este Prólogo (el tono, el mundo, los personajes, la trama...) cualquier cosa reseñable.
2. Envíame tu reseña, comentario, duda o sugerencia directamente a:

alejandrolopez@elreydelabismo.com

Estaré encantado de leerte y de responder personalmente.

Disfruta del viaje y recuerda: ¿Cuál es tu mayor deseo?

Atentamente, Alejandro López.

Síntesis

El imperio de Tymeria se alza sobre una mentira fundacional. Tras siglos de paz impuesta, el robo de los últimos huevos de dragón ha abierto la primera grieta en los cimientos del poder, desatando el caos.

En la cúspide, la Emperatriz lucha por mantener el fanatismo y la obediencia ciega de su pueblo. Desesperada, confía su arma Artefacto a un aliado estratégico cuyas ambiciones son tan impredecibles como peligrosas. Se intuye que una mente maestra, operando desde las sombras, está alimentando la anarquía para sus propios fines.

Tres almas, con lealtades y secretos opuestos, son arrastradas a esta vorágine:

Jara Gianna, impulsada por una fe inquebrantable hacia el Imperio y su Emperatriz, regresa a su pueblo para ganar el último huevo de dragón superviviente y convertirse en Dragonel, una jinete de dragón de la unidad de élite del ejército, y con él, sofocar las revueltas que amenazan el orden que ella idolatra.

Jude Finnegan, el capitán exiliado, que regresa a su tierra para descubrir una verdad enterrada sobre el trono de Tymeria. Determinado a exponer la Gran Mentira y buscar la justicia, enciende la llama de la revolución, sin ser consciente de que las armas que blanden sus tropas proceden de un dudoso aliado, la Alta Oligarquía.

Jaffar, un peón que carga con el peso de un pecado fundacional, se mueve entre la corte y el submundo. Atormentado por la Gran Mentira que ayudó a crear, busca su lugar en un peligroso juego de dobles lealtades. Custodia el Artefacto que le entregó su Emperatriz y que esconde secretos que cambiarán su destino.

Sus caminos, divididos entre la fe, la verdad y la culpa, convergerán en una tierra al borde de la guerra civil. En esta lucha, la Verdad y la Mentira serán las armas a blandir, y solo aquellos que consigan utilizarlas o desenmascararlas, determinarán el futuro de Tymeria.

Prólogo

El gran baño termal del ala privada de la Emperatriz era un santuario de mármol negro pulido. Las fuentes de piedra bañadas en oro eran representaciones de animales exóticos, lo que demostraba la opulencia y ostentabilidad del lugar. El aire, denso y cargado de vapor, olía a azufre y especias exóticas traídas de los confines del Imperio. Un trueno lejano, como si fuera un murmullo sordo en la noche, partió el cielo en dos, provocando que el viento comenzara a aullar contra las altas vidrieras del torreón.

La Emperatriz, una mujer cuya belleza todavía seguía presente entre las arrugas de su piel a pesar de que llevaba gobernando Tymeria más de cuatro décadas, se reclinaba en el borde de la gran piscina; el agua tibia apenas era capaz de doblar la tensión de sus hombros rígidos. Incluso desnuda, mantenía su majestuosidad inquebrantable; el agua era su trono, la niebla su cortina. Sus ojos, normalmente fríos como el hielo, estaban llenos de una expectación febril. Aquella noche no estaba sola.

Frente a ella, a pocos metros, se encontraba inmóvil un joven atlético, de pelo cenizo y ojos negros del color de la noche, con su cuerpo cubierto de cicatrices. Tenía la mitad de la edad de la Emperatriz. El vapor se aferraba a su piel, pero no lograba ocultar la rigidez de su postura. Su presencia era la de un centinela, no la de un compañero, a pesar de la íntima desnudez que ambos compartían.

—¿Qué te preocupa, Jaffar? —preguntó ella con dulzura mientras se deslizaba por el agua como si fuera una sirena, acortando la distancia entre ellos—. Esta noche nos pertenece.

Jaffar se mantuvo en silencio y solo pudo tragar saliva. En ese momento, el silencio fue roto por un repentino estruendo en el exterior. Un relámpago desgarró el cielo y el trueno que le siguió hizo vibrar el mármol del baño privado.

—Escucha —le susurró ella al oído, colocándose a su espalda. La piel de Jaffar se erizó al contacto de la calidez de su voz—. La tormenta nos canta. O quizá sea una advertencia.

Jaffar no respondió de inmediato. Él sabía lo que aquel aullido significaba. La tormenta había comenzado.

Lentamente ella comenzó a acariciar el pecho expuesto de Jaffar. Sus dedos surcaron cada centímetro que no era la primera vez que lo exploraban, acariciando la cicatriz enorme que lo atravesaba de lado a lado.

—Tú eres la razón por la que mi trono se sostiene, Jaffar —le susurró de nuevo. Sus labios casi rozaban su cuello erizado.

El joven supo interpretar esas palabras. No eran una declaración de amor, sino un recordatorio del peso que cargaba a sus espaldas y a quién pertenecía su lealtad.

Sin previo aviso, ella sumergió la otra mano bajo el agua tibia hasta que alcanzó lo que buscaba. No fue una caricia; fue la mano de una dueña reclamando su posesión. La Emperatriz soltó una sonrisa traviesa y le lanzó una mirada que no buscaba el afecto; buscaba la sumisión.

Jaffar entrecerró los ojos y soltó un leve gemido. Le tenía agarrado por donde ella quería. El recuerdo de aquel acto le afligía y aquella cicatriz era un recordatorio perpetuo del precio que tuvo que pagar. Un escalofrío recorrió su espina dorsal debido a la cruda autoridad que representaba aquella firme pero suave mano. Finalmente sucumbió y rompió su inmovilidad para mirar directamente a los ojos a su Emperatriz.

—Soy tuyo, Majestad —la agarró con firmeza el brazo que tenía sumergido y empezó a moverlo lentamente de arriba abajo, provocando una marejada de placer a su alrededor. Introdujo su otra mano bajo el agua y comenzó a hacer lo propio entre las piernas de ella. Comenzaron así una carrera de egos en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a frenar.

Jaffar fue el primero en mostrar signos de debilidad. Un gesto de su cara delató que se encontraba al límite. Fue en ese preciso momento en el que la Emperatriz se mordió el labio inferior y sacó su mano del agua de forma brusca. Se escabulló de las manos del hombre y nadó juguetona hasta la otra orilla de la piscina. Sus piernas largas y firmes emergieron del agua y sus pies le invitaron a seguirla. Jaffar levantó levemente la mirada.

“Una maravilla perversa”, pensó.

Pero ahí estaba frente él, desnuda y lista para hacer suya aquella noche.

Otro relámpago atravesó el cielo nocturno. Un trueno ensordecedor sacudió toda la estancia. Era un rugido de furia. La tormenta arreciaba con la misma intensidad que el deseo de la Emperatriz.

El zumbido era casi insoportable, un lamento metálico que se fundía con el movimiento errático de la aeronave. Las turbulencias sacudían el fuselaje como si el cielo mismo intentara expulsarlos, convirtiendo el trayecto en una experiencia amarga, aunque necesaria. Pero la misión era lo más importante. Y era la misión más importante en la que Griswold se había aventurado desde que se convirtió en comandante de los Escamaoscura. Todo el peso recaía sobre sus hombros y no podía fallar a quien le había hecho el encargo. A pesar del zumbido y del vaivén de la nave, nada tenía que salir mal.

Agazapado entre las sombras con su capucha negra cubriendo su rostro, miró por la escotilla:

Lo primero que le llamó la atención fueron las densas nubes grises de tormenta que servían de muralla y protegían aquel cielo. Esa era la señal de que estaban cerca de su objetivo. Habían atravesado la frontera de Tymeria y desde ese momento el cielo no había hecho más que oscurecerse. Una bienvenida hostil, pero esperada. Se habían preparado a conciencia para ese escenario... y para otros mucho peores.

Repasaba el plan en silencio: cinco aeronaves surcando el cielo de Tymeria, cada una de ellas con cuatro miembros de su escuadrón. Los Escamaoscura: una unidad de élite financiada por un mecenas en la sombra que les indicaba lo que tenían que hacer. Ellos se limitaban a cumplir diligentemente los encargos. Esta misión no era la más compleja en términos tácticos en la que había participado, pero sí implicaba riesgos adicionales que debían ser tomados en cuenta. Y es que infiltrarse en el Bastión de las Tormentas para robar los huevos de dragón de los criaderos de Tymeria no era algo que debía ser tomado a la ligera. Traspasar la frontera sin ser detectados había sido la parte fácil. Volaron muy por encima de las nubes tormentosas para evitar a los Dragonel, la unidad de élite que la Emperatriz usaba para proteger su dinastía. Eran jinetes de dragón y surcaban los cielos de todo el reino, custodiando el espacio aéreo. Si querías superarlos, debías volar muy por encima de las nubes. Pero solo había unas aeronaves capaces de alcanzar tales altitudes, las de Albatros. Su mecenas invirtió una gran cantidad de reales solo para superar aquel primer obstáculo. Lo que corroboraba el valor de aquello que habían venido a robar. Después era cosa de los Escamaoscura atravesar el terreno abrupto del reino. Su especialidad.

—Estamos en posición —dijo el piloto de la aeronave.

Griswold afirmó con la cabeza. Miró al resto de sus compañeros, se colocó su máscara, abrió la escotilla y se lanzó al vacío sin pensarlo. Uno tras otro, los

Escamaoscura fueron saltando de sus respectivas aeronaves, realizando una armoniosa y sincronizada danza entre las nubes tormentosas, cayendo en picado hacia su objetivo como si fueran lanzas negras cayendo desde el cielo.

La tormenta había comenzado.

Sus voces resonaban apenas sobre el ruido de la lluvia, que ahora era un diluvio en el cristal. Ambos, Emperatriz y vasallo, unían sus cuerpos en una amalgama de deseo desenfrenado y pasión. No era un momento apasionado entre dos amantes, más bien era una batalla desesperada y feroz dirigida por la necesidad de reafirmar su poder el uno sobre el otro. Él se movía con la precisión de un soldado en el campo de batalla, ella respondía con la autoridad de una diosa. Era una danza de control, una negación silenciosa sobre quién dominaba realmente a quién.

Entre besos furiosos y caricias que se sentían como latigazos, en la desnudez compartida, Jaffar pudo sentir ese preciso momento en el que el poder de la Emperatriz se sentía más absoluto.

Empujándolo violentamente contra los escalones de mármol de la piscina, ella se subió a horcajas sobre él. Agarró su miembro duro sin demora y se lo colocó entre sus piernas, introduciéndolo hasta el fondo de su ser. No dudó, ni siquiera pestañeaba. Sus caderas se movían con un vaivén frenético e incontrolable, provocando el mismo oleaje salvaje en el interior de las termas que el que se había desatado con la tormenta en el mar exterior. Agarrada de su cuello, sus caderas se movían como si tuvieran vida propia, sumergiéndola en un éxtasis indescriptible de pasión y locura.

Jaffar, aferrado a su cintura, soportaba cada embestida con una mezcla de placer y dolor, pues cargaba con el peso de todo el Imperio sobre sus piernas, disfrutándolo, afligido.

Otro rayo volvió a partir el cielo, revelando el rostro de la auténtica autoridad sobre el joven.

Los pechos de la Emperatriz danzaban al mismo son que sus caderas, deleitando a Jaffar que tuvo que contenerse en varias ocasiones antes de sucumbir al éxtasis supremo. Sus cuerpos parecían no querer negociar una tregua. Ella volvió a tomar acción y apretó las muñecas de Jaffar, empujándole hacia atrás hasta que su espalda estuvo en contacto total con el frío mármol. La Emperatriz cambió de postura. Sus piernas, que antes se aferraban a la cadera de Jaffar, ahora estaban dobladas en un

ángulo de noventa grados, situándose de cuclillas sobre el falo erecto todavía del hombre. Volvió a agarrarlo como quien coge algo que sabe que es de su propiedad, y se sentó lentamente sobre él. Esta vez quería ver como Jaffar sufría al sentir su calor despacio. Duró poco su calma, pues el vaivén frenético de caderas volvió a apoderarse de su cuerpo y comenzó un baile descontrolado de pasión y rabia. Cada vez más violento. Cada vez más embravecida. Al igual que la tormenta que seguía arreciando en el exterior y parecía querer arrancar el Bastión mismo de sus cimientos.

Los pasillos oscuros del Bastión parecían un laberinto de magnífica arquitectura y meticulosa planificación. Solo un lunático o un genio habría podido construir semejante fortaleza. Se decía que la Emperatriz era una paranoica que veía enemigos hasta entre sus propios aliados. No era difícil saber por qué. Quien gobierna con mano de hierro, basándose en el miedo y en el fanatismo, a menudo le cuesta discernir entre aquellos leales a sus creencias o aquellos leales a su propia supervivencia.

El Bastión se hallaba en lo alto de las escarpadas colinas de la Costa Quebrada. Los criaderos se encontraban al fondo de una gran depresión del terreno. El empinado valle en forma de cráter era tan ancho que incluso a plena luz día Griswold apenas habría podido ver el otro lado. El comandante de los Escamaoscura sabía poco sobre arquitectura, sin embargo, sabía bastante sobre estrategia y subterfugio. Aquella fortaleza era imposible de asediar. Pero la especialidad de los Escamaoscura no era la guerra, sino la infiltración.

La unidad de infiltración, compuesta por Griswold y otros diecisiete asesinos, avanzaba silenciosa entre aquel laberinto. El resto se habían quedado protegiendo las vías de escape. Habían conseguido los planos del Bastión gracias a un infiltrado cercano a la Emperatriz y se habían estudiado cada trampa, cada piedra, cada pasadizo. No llevaban planos ni ninguna otra pista que pudiera delatar sus planes y su forma de prepararse para las misiones en caso de ser capturados. No solo eran rápidos, ágiles y letales, también poseían una agudeza mental y una capacidad de adaptación que ninguna otra unidad de élite de toda Rivelia era capaz de poseer. Por eso, y por su lealtad inquebrantable a su mecenas, eran tan valiosos para aquel que los había metido en aquella fortaleza casi inexpugnable.

Al final de los túneles interminables, la luz tormentosa brillaba como un presagio. En el fondo del valle, los criaderos aguardaban en silencio, protegidos por la calma engañosa de la tormenta creciente que, allí abajo, apenas se manifestaba como una llovizna. Solo quedaba un último obstáculo por superar: los barracones de los Dragonel.

Los barracones no eran simples camastros amontonados y repletos de pulgas; eran grandes cuevas, talladas con precisión ancestral en la piedra viva de las montañas del valle. Cada una albergaba un dragón adulto dormido, cuyo aliento cálido representaba una amenaza, y su jinete: el juramento eterno de quienes los montaban. Y había docenas de ellos.

Se decía que era imposible alcanzar los huevos sin enfrentar a sus centinelas. Era el tramo más temido... y el más glorioso. Allí comenzaba la verdadera prueba.

Los Escamaoscura se posicionaron al borde del precipicio, la vista de los huevos de dragón al fondo del valle. Sacaron su equipo de escalada y comenzaron el descenso por la piedra resbaladiza. Los dragones dormían, pero su olfato sobrenatural no se había activado gracias al ungüento de sombra, una mezcla alquímica de raíces de silvargén, ceniza de escama y sudor de murciélago de cripta, que anulaba su rastro humano.

Cada movimiento estaba bien ensayado. Las cuerdas eran de seda de araña de abismo, silenciosas y resistentes. Los guantes, tratados con polvo de roca lunar, permitían adherencia sin dejar marcas. Descendieron en formación escalonada, cubriéndose mutuamente, atentos a cualquier vibración en la piedra que delatara un cambio en la respiración de los dragones.

Al llegar a la base, se dispersaron como sombras líquidas. Cada Escamaoscura tenía un rol: cuatro exploradores abrían paso, detectando trampas mágicas con cristales de resonancia; doce cargadores portaban las cápsulas de contención para los huevos; el resto formaba un perímetro móvil, atentos a los jinetes que, aunque dormidos, podían despertar si el vínculo con su dragón se alteraba.

Avanzaron entre los caminos escarpados y rocosos, donde el calor era electrizante y el aire denso con el olor a azufre y escamas. Los dragones, inmensos, respiraban con lentitud, sus pechos subían y bajaban como colinas vivas. Un solo roce, un solo sonido fuera de lugar, y toda la operación se iría al traste. Cada paso era una danza entre la precisión y el Abismo.

Finalmente, alcanzaron el nido central. Allí, los huevos de los Dragonel reposaban sobre un lecho de energía estática, como si la propia montaña respirara electricidad.

Cada uno irradiaba una luz tormentosa, pulsante, envuelta en destellos azulados que chisporroteaban suavemente en el aire. Eran más grandes de lo previsto, con vetas de relámpago recorriendo sus superficies como venas vivas. Su pulso mágico era casi audible, un latido grave y rítmico que resonaba en los huesos, como un tambor lejano anunciando la furia contenida.

Los cargadores no perdieron el tiempo. Con movimientos precisos, envolvieron cada huevo en telas de aislamiento tejidas con fibras de cobre encantado y escamas de truenoserpiente, diseñadas para contener la carga eléctrica sin apagarla. Luego, los colocaron en cápsulas de suspensión, selladas con runas de amortiguación de vicrilium que neutralizaban el campo mágico sin dañarlo.

Entrar había sido relativamente sencillo, gracias a la preparación meticulosa y al camuflaje sensorial que los Escamaoscura habían aplicado. Pero al extraer los huevos, se activó la verdadera amenaza: una trampa que no estaba prevista, oculta en el lecho eléctrico, que conectaba directamente con las madres de las crías. No era una alarma sonora, sino un vínculo ancestral, un grito silencioso que atravesaba la distancia y despertaba a las Dragonel con una furia instintiva.

La atmósfera cambió de inmediato. La tormenta, que hasta entonces había permanecido en las alturas, descendió al valle como si respondiera al llamado de las criaturas. Los truenos comenzaron a golpear las paredes con una violencia creciente, haciendo vibrar la piedra como si tuviera vida propia. Cada retumbo podía confundirse con un rugido, y cada chispa en el aire parecía anunciar el despertar de una fuerza que no debía ser perturbada.

Los Escamaoscura se movían como espectros, sincronizados, invisibles al ojo, al oído y al olfato. Su único objetivo ahora era sobrevivir y alcanzar el punto de extracción. Uno por uno ascendieron por la pared, dejando atrás solo huellas borradas por la lluvia.

Al alcanzar la cima, Griswold fue el último en subir. Cargaba con el huevo más grande del valle. Desde allí, miró hacia abajo y el caos que se había formado. La operación había sido un éxito, pero sabía que cuando los Dragonel descubrieran quién había robado los huevos, el mundo cambiaría para siempre.

Y los Escamaoscura ya estarían muy lejos.

El trueno que había sacudido la estancia no se detuvo; se convirtió en un rugido continuo, un redoble de guerra. La lluvia sobre el cristal ya no era solo agua, sino una cortina líquida y violenta. La Emperatriz cerró los ojos, y el rostro de Jaffar se tensó, reconociendo la expresión. La sincronía entre la Emperatriz y la tormenta se intensificaba.

De pronto, ella abrió los ojos. No había furia en ellos; sino una calma helada, más aterradora que cualquier chillido de angustia.

—Los han encontrado —susurró, pero su voz vibraba con una resonancia metálica, como si el viento hablará a través de ella—. El valle ha sido profanado. Los Dragonel burlados.

Las manos de la Emperatriz se apartaron del pecho de Jaffar, pero fue solo para agarrar el borde del mármol con una fuerza que hizo crujir el material. Sus nudillos se pusieron blancos de la presión. La respiración de Jaffar se aceleró. Sabía lo que estaba pasando en el exterior, los huevos habían sido robados.

—Los huevos... se mueven. Hacia el sur, hacia la frontera. Naves de carga, veloces. —La Emperatriz se levantó de la piscina con un movimiento brusco, el agua resbalaba de su cuerpo como una seda oscura. Cada músculo de su figura destilaba una ira controlada—. Te quiero fuera de aquí, ahora. Vístete y deténlos.

Ella no esperó su respuesta. Se dirigió hacia el final de la sala, donde esperaba su armadura ceremonial sobre un pedestal de mármol negro pulido. La tormenta rugía, y en ese rugido, la Emperatriz desató toda su furia contenida.

—¡Creen que pueden robarme mi futuro! ¡Creen que mi dominio es débil! —gritó, su voz desgarrando el aire, y al otro lado del Bastión, el rayo pareció responder a su orden, alcanzando una de las aeronaves en las que intentaban huir los ladrones. La nave explotó en el aire, calcinándose en apenas segundos.

Jaffar se movió con la velocidad y el silencio que lo convertían en una sombra. Cogió su ropa y salió del Gran Baño, sin decir una sola palabra, sin echar la mirada atrás.

Con la voz de la Emperatriz dirigiendo la tormenta a sus espaldas, su cólera desatada y sus poderes enfocándose en las naves que huían, Jaffar no se encaminó a la salida todavía. Dirigió sus pasos hacia el lugar más protegido del Bastión, ahora desierto. Al escuchar la voz de la Emperatriz, todos los Dragonel que custodiaban el

interior del Bastión de las Tormentas se habían montado en sus dragones y habían alzado el vuelo para neutralizar la amenaza y recuperar lo que había sido robado.

El santuario interior, el lugar donde la Emperatriz guardaba celosamente su bien máspreciado, la Lanza de las Tormentas. Un Artefacto frío y oscuro. Hecha de vicrilium, el material más raro y resistente de los que se conocía en Rivelia, la lanza era una maravilla macabra de la naturaleza y la herrería. Parecía que no podía haber sido hecha por las manos de un simple mortal. El arma descansaba sobre un altar de piedra negra y brillaba con la luz que se filtraba por los ventanales superiores. Al tocarla, la lanza vibró, emitiendo un zumbido metálico y profundo, y el grabado en su empuñadura pareció palpar como si tuviera vida propia. *Audra, la Convocadora de Tormentas*, así decía el grabado que Jaffar pudo leer a pesar de que estuviera escrito en un idioma que no conocía.

Jaffar se hizo con el arma y sintió su poder, su antigua voluntad encerrada en ella, resonando con el clamor de la venganza y la justicia divina. La culpa y la ambición luchaban en su pecho.

Se dirigió al acantilado norte del Bastión, donde las olas de la Costa Quebrada rompían con la violencia del temporal incesante. Allí un bote atracado en la orilla de la playa zarandeado por el inclemente oleaje y una figura oscura y encapuchada le estaban esperando. Al fondo, movido por las olas, un galeón más grande esperaba a su último tripulante.

—¿Traes la lanza, Jaffar? —jadeó Griswold bajo el diluvio, empapado por la lluvia—. Hemos cumplido el encargo. Tenemos los huevos.

El comandante de los Escamaoscura sacó el huevo de dragón que llevaba guardado en una bolsa apretada contra su cuerpo. El huevo era de un tamaño antinatural, más grande que las cabezas de ambos hombres juntas. Mucho más grande que el resto de los huevos robados. Las escamas azules que lo recubrían brillaban con una luz metálica antinatural, tan poderosa que resultaba imposible no sucumbir a sus encantos.

—Marek estará satisfecho —dijo Jaffar, con la voz ahogada por la tormenta, pero su tono era plano y frío.

Como dos amigos que buscan celebrar su éxito, Jaffar posó su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Griswold, ajeno a lo que estaba a punto de suceder. Con un movimiento fugaz, casi imperceptible para el ojo entrenado del comandante de los Escamaoscura, Jaffar desenvainó con su mano libre una daga y la hundió dos veces en

el costado de su socio. Griswold cayó de rodillas, el dolor y la traición se reflejaban en sus ojos.

—¿Por... qué? —un gorgoteo de sangre acompañaba sus palabras.

Jaffar no respondió a su pregunta. No merecía la pena derrochar palabras con un cadáver. Se limitó a coger la bolsa con el huevo de las manos duras y frías del que un día fue su compañero. Todavía quedaban restos de su formación como Escamaoscura y lanzó el cuerpo todavía con vida de Griswold hacia el vacío del acantilado para no dejar rastro de su traición. Cargando la lanza y el último huevo de dragón, regresó al corazón del Bastión.

Encontró a la Emperatriz sentada en su trono. Una docena de cadáveres que pertenecían a sus sirvientes más cercanos se amontonaban a su alrededor. La tormenta había amainado en el exterior, pero en el interior su rostro pálido todavía reflejaba la furia.

Jaffar dejó la bolsa de tela de cobre y escamas de truenoserpiente que contenía el huevo y la lanza a sus pies.

—He custodiado el arma y recuperado el huevo, Majestad.

La Emperatriz miró el huevo, luego la lanza y finalmente dirigió su mirada hacia los ojos del asesino que había traicionado a su propia gente para servirla. Su rostro no mostró sorpresa; solo un reconocimiento frío.

—Estás jugando un juego muy peligroso, muchacho. Y lo has jugado muy bien —dijo ella—. Te has ganado el Artefacto, llévaselo a tu mecenas. Que crea que lo ha conseguido. El huevo se queda, ya tiene los otros doce.

Sus ojos se estrecharon, y su voz se convirtió en la declaración de una amenaza inamovible:

—Pero que entienda este mensaje, Jaffar: Tymeria es mía, yo la unifiqué y solo yo puedo destruirla.

Jaffar asintió, recogió a Audra, y desapareció con la primera luz del amanecer mientras el sol empezaba a brillar a través de las nubes tormentosas que desaparecían del cielo. La mentira se había afianzado, y la guerra, con sus nuevas piezas en movimiento, estaba a punto de comenzar.